

LECTURA

# La CONTADORA de historias



**E**n mi comunidad hay grandes “matúes”, contadores de historias, narradores de cuentos que nos transmiten las tradiciones de nuestros antepasados, que nos hacen volar con la imaginación y nos enseñan las cosas importantes de la vida. Son los encargados de transmitir nuestras costumbres y nuestra cultura de generación en generación.

Su tarea es respetada por todos, incluso muchos padres, cuando nace un niño, les llaman para que sean ellos quienes elijan su nombre porque dicen que: “Tu nombre marcará tu destino”.

Mi comunidad la componen muchas familias que viven dispersas por la selva en varias aldeas, con una mayor, en la que yo vivo, que nosotros llamamos “Sukanne”. De alguna manera es la aldea principal; en ella está la escuela donde se celebran los acontecimientos que implican a toda la comunidad. En el “Sukanne”, todas las casas están colocadas formando un gran círculo y cada noche, encendemos una hoguera en el centro y mientras unos comen, otros fabrican sus herramientas de caza y otros conversan.

Hace mucho tiempo, en el “Sukanne” vivía una niña llamada Yara, que significa “pájaro que rompe la noche”, ya que nació al alba, cuando canta el pájaro yara.

Yara iba a la escuela aunque, en aquellos años, no era habitual que las niñas estudiaran, ya que solían estar en casa, ayudando a sus madres, cuidando de sus hermanos o con otras muchas obligaciones.

Lo que más le gustaba era el momento en el que su maestro, al final de la mañana, les reunía bajo el gran árbol y les contaba un cuento. Por eso ella ponía mucha atención en las clases de ortografía y de lectura, para algún día poder escribir y contar sus propias historias, como hacía muchas noches con los niños y niñas más pequeños, entre ellos sus hermanos, que la escuchaban con admiración.



**E**sta historia comienza el día en el que, al terminar la sesión de cuentos, el maestro les comentó:

- Niños, se acerca la “Noche de los matúes”. Tenéis que decirme quiénes de vosotros vais a presentaros en esta ocasión. Sabéis que podéis practicar en clase y, entre todos, os ayudaremos a prepararos.

Esa jornada se celebra cada dos años y es una de nuestras grandes tradiciones. Ya os dije lo importante que es la figura del “matúe”, por eso, es necesario que, desde pequeños, se vayan formando los futuros contadores de historias. En esa jornada, todos los “matúes” de nuestra comunidad acuden al “Sukanne”. Durante un día entero no paran de contar historias y, al caer la noche, se encienden las hogueras y llega la oportunidad para los niños.

La “Noche de los matúes” sirve para seleccionar a los que, realmente, demuestran que tienen cualidades para cumplir con esa tarea tan importante. Además, permite descubrir a aquel niño investido con el espíritu del águila. Para mi comunidad, todas las personas tenemos un espíritu natural. El del águila es el espíritu más valorado porque tiene la capacidad de volar y, desde la altura, captar la verdadera esencia del corazón de la selva.

- Por favor, que levanten la mano los niños que quieran presentarse, dijo el maestro.

Todos se miraron nerviosos, ¡decidirse a participar era una responsabilidad muy grande!

Yara no tenía ninguna duda y fue la primera en levantar la mano. En su boca había una sonrisa enorme y sus ojos brillaban de ilusión. Sin embargo, su cara se transformó cuando todos sus compañeros empezaron a reírse y el maestro le dijo:

- Yara, ¿desde cuando una niña puede ser contadora de historias?, sólo los niños pueden serlo, sólo ellos llevan dentro los espíritus de los animales de la selva. Éstos nunca se asentarían en el alma de una mujer, a vosotras os acompañan los espíritus de la tierra, que os ayudan en vuestras tareas del hogar.
- Pero maestro, a mi me encanta contar historias, practico cada noche y quiero participar.
- No insistas Yara, eso es imposible. Además, lo dice nuestra tradición. Sólo los “hombres grandes”, poseídos por el espíritu del águila pueden alcanzar la sabiduría y transmitir nuestra cultura.

**L**a contestación del maestro habría desanimado a cualquiera pero Yara no se rendía fácilmente y durante varios días volvió a pedirle al maestro que le permitiese participar, aunque no sirvió de nada:

- Yara, esto es algo muy importante y tienes que entenderlo, no puedes seguir actuando como una niña caprichosa. Hay cosas que no dependen de nosotros, son así y no se pueden cambiar por mucho que te empeñes, y ésta, es una de ellas.

El gran día llegó y la aldea se llenó de gente. Los maestros “matúes” contaron historias y leyendas durante todo el día. Cuando llegó la noche y se encendió el fuego, ocuparon sus lugares observando con atención a los candidatos. Decían que ellos podían localizar al elegido sólo con mirarle porque en sus ojos estaría reflejada la mirada del águila.

Yara se había levantado muy temprano, no había dormido en toda la noche pensando en las palabras del maestro, en la tradición, en su pasión por contar historias... Ella estaba sentada en una de las ramas de su árbol favorito, le encantaba observar todo desde allí arriba, no se le escapaba ningún detalle.

El último participante terminó su historia, todos le aplaudieron mucho y el jurado de “matúes” se colocó en círculo para tomar la decisión final.





**E**n ese momento Yara se incorporó y, desde el árbol, empezó a contar la historia que, sin que nadie lo supiera, había estado preparando durante el último mes.

Al principio, todo el mundo se mostraba desconcertado porque no sabían de dónde provenía esa voz. Una vez localizada, algunos hombres, entre ellos su padre y el maestro, intentaron pararla porque pensaron que lo que estaba haciendo era una ofensa para la comunidad; sin embargo, había algo mágico en su narración y, aunque querían detenerla, quedaron atrapados por ella.

Cuando Yara terminó de contar su historia, los maestros “matúes” estaban paralizados. No había ninguna duda, no sólo era una narradora extraordinaria, sino que su mirada sabia y su presencia en lo alto del árbol, dejaba claro que ella era la marcada por el espíritu del águila:

- ¡No es posible! ¡No es posible! ¡Es una niña!, murmuraban.

Hasta que uno de ellos, el más anciano, se levantó y le gritó:

- Espíritu del Águila, baja y habita entre nosotros, puesto que ya te hemos reconocido.

Nadie podía creer lo que estaba pasando.

Yara se descolgó del árbol, cayó al suelo y empezó a caminar entre la gente. Todos la miraban asombrados sin decir una palabra, nadie se movía excepto sus dos hermanos pequeños que salieron corriendo a abrazarla.

Su maestro la miró y agachó la cabeza avergonzado, pues comprendió que, al haber tenido presente únicamente la tradición, no había sido justo con Yara. Pero ella entendía que romper con las tradiciones no es fácil, así es que, al pasar por su lado, le guiñó un ojo y le sonrió.

A partir de aquel día, muchas familias fueron conscientes de que no debían impedir a sus hijas conseguir sus sueños, hacer cosas distintas a las que “siempre” habían hecho las mujeres.

Por ejemplo, desde entonces, somos muchas más las niñas que hemos ido a la escuela. Ahora podemos elegir lo que queremos ser, ya no tenemos que imaginar, lo podemos hacer.

---

Yara era mi abuela. Ella fue la primera mujer “matúe” de mi comunidad, la que nos abrió el camino a las demás. Gracias a ella hoy puedo presentarme a este “Encuentro Internacional de Jóvenes Narradores”, y vosotros sois los primeros en haber conocido su historia.

